



A1765

12/09/2003

## **DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN LA II CONFERENCIA DE EMBAJADORES DE ESPAÑA EL EXTRANJERO**

Palacio de La Moncloa, 12-09-2003

Muy buenas tardes a todos, señora Ministra, señoras y señores Secretarios de Estado, Embajadores. Muy buenos días a todos y muy bienvenidos a esta casa y a esta sede del Consejo de Ministros.

Yo creo que estas reuniones por eso las convocamos, sin duda, resultan de mucho provecho para una política exterior a la altura de las nuevas responsabilidades que desempeña y quiere desempeñar nuestro país.

Ustedes representan a una España, en primer lugar, democrática y estable; pero también a una España que camina por una senda sostenida de crecimiento y con un nuevo y decidido protagonismo internacional, y quiero hablarles brevemente de ello.

Nuestro país ha ganado presencia internacional porque ha ganado en credibilidad, porque es un país cada día más fiable en el cual se puede tener más confianza. Y esta intensidad de la proyección española no es sino la suma de distintas aportaciones de nuestra trayectoria democrática. Así, en efecto, veinticinco años de vigencia de la Constitución nos han dado un marco estable de libertad, nos han dado un marco estable de convivencia, que necesita cualquier país, y el nuestro también, para crecer.

Disfrutamos hoy, afortunadamente, de una sociedad abierta que ofrece claras oportunidades de progreso económico, de nivel cultural a sus nacionales, y que también ofrece cada vez más oportunidades para aquellos que llegan a nuestro país huyendo del subdesarrollo. Nuestra actual presencia en el mundo sería sencillamente inexplicable sin estas realidades.

Pues bien, hemos sabido darnos unas buenas reglas de juego hacia dentro y hemos sabido también aprovechar las reglas de la Comunidad Internacional. Una política económica adecuada, los compromisos efectivos con nuestros socios y aliados, la coherencia entre lo dicho y lo hecho, son bazas muy importantes que tenemos con nosotros. Si cabe expresarla de otra manera, yo les quiero decir mi convicción de que, en la duda, España debe optar siempre por no sentarse nunca a la orilla de la Historia y nada de tener la tentación de sacar billete para un vagón de segunda, aunque el tren

pueda ser veloz y aunque todos los asientos, incluidos los de segunda, fuesen confortables.

Tenemos claros los principios y los valores que inspiran la acción del Gobierno y queremos mantener las prioridades marcadas. Tal vez entre todos los españoles seguramente nadie conoce mejor que ustedes el sitio en el que España debe estar desde el punto de vista internacional. Lo han estudiado a fondo con la exigencia que requiere su alta función y luego lo han vivido y lo viven como profesionales de la acción exterior.

Somos un país de frontera al sur de Europa que sirve de enlace entre dos continentes, y la política emprendida dentro de nuestro continente, Europa, cuya historia se remonta a principios cristianos sin los cuales, en mi opinión, no es posible que nadie entienda Europa e ilustrados está basada en esta misma credibilidad ganada a base de estabilidad y de cumplimiento de los compromisos adquiridos. Son principios que pienso que convienen también a la Unión en estos momentos.

El Gobierno, pues, va a apostar porque la estabilidad institucional sea un distintivo de esta Unión ampliada de veinticinco países, sin caer en la tentación de un permanente proceso constituyente y sin ceder a la revisión de acuerdos solemnemente aceptados por todos los Estados.

Sería por, otra parte, en mi opinión, irreal pensar en Europa como un contrapoder a los Estados Unidos de América en el tablero mundial. Eso no interesa nada ni a Europa ni interesa nada a España. España cree que las relaciones con América son una parte definitoria de Europa. España sabe que necesitamos a ambas partes de América.

Los problemas actuales lo que piden es, justamente, en mi opinión, un trabajo conjunto de los Estados Unidos y de Europa aún más estrecho que el realizado durante el siglo XX. Un contencioso duradero y profundo entre ambos, entre Estados Unidos y Europa, como se hizo patente en la crisis de Iraq, dilapida innumerables esfuerzos de los que nadie se beneficia. Y quiero volver a reiterar mi opinión de que si alguien espera que las dificultades de los Estados Unidos en Iraq redunden en beneficio de Europa se equivoca completamente. Las dificultades de los Estados Unidos y de sus aliados en Iraq redundarán, si se materializan, en un fracaso de todos; pero más en un fracaso del más débil y el más débil en esa alianza es Europa.

Quiero decirles como Presidente del Gobierno que estimo claramente que la brecha entre los mayores polos de libertad, tolerancia y prosperidad sería para nosotros y para Europa, no solamente estéril, sino, sobre todo, literalmente, suicida para la seguridad de nuestro continente.

Ya nadie puede ignorar en el mundo la evidente puesta en cuestión de la seguridad nacional que arrojaron los atentados masivos del 11 de septiembre, que ayer tuvimos la necesidad, por desgracia, de recordar, y esa amenaza en particular para los países abiertos o democráticos.

Los españoles lo sabemos muy bien: el terrorismo es visceralmente enemigo de la democracia, y aquel dirigente político o aquel profesional de la diplomacia que no

entienda que las amenazas que algunos vierten todos los días son amenazas serias y que van contra todos corre el riesgo de situarse al margen de la realidad del mundo.

Nuestra principal amenaza y persistente amenaza durante estos veinticinco años ha sido precisamente la amenaza de nuestro régimen constitucional por el terrorismo y España no puede titubear, de ninguna manera, cuando el terrorismo emerge como el principal factor de riesgo de la escena internacional, máxime cuando siempre existe el recurso posible de esos grupos a armas cada vez más destructivas o a la posibilidad de buscar amparo y refugio en Estados llamémosle irregulares o de otra manera.

En consecuencia, y lógicamente con eso, España ha sido motor principal del nuevo consenso internacional sobre el carácter criminal del terrorismo en cualquier lugar del mundo y la necesidad de combatirlo con todos los medios legales a nuestro alcance. Éste fue un objetivo básico de la Presidencia de la Unión Europea por parte de España; promovimos también su inclusión en los nuevos objetivos de la Alianza Atlántica, de la OTAN; lo apoyamos al máximo en la creación del Comité de Lucha contra el Terrorismo en el seno del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

Como españoles con memoria, como Estado consecuente consigo mismo, tenemos la obligación y la inteligencia de no distinguir los actos terroristas de Nueva York y Bagdad, en Bali o en Casablanca, en Bombay o en Bilbao, y el día que lo hagamos sinceramente cometeremos una grave equivocación de futuro. Espero, por lo tanto, que nadie tenga la tentación de hacerlo.

Queridas amigas y amigos,

En su labor diaria ustedes usan de activos intangibles, pero efectivos, como es también la profunda simpatía que otros países de democracia reciente muestran hacia nuestra estabilidad política, hacia los datos económicos del progreso de España, hacia un país que ha hecho sus deberes, que ha hecho sus reformas, que demuestra un gran dinamismo. Es un hecho el extraordinario interés que existe en una gran parte del mundo por la lengua y por la cultura en español. Las matrículas en los Centros del Instituto Cervantes son muy elocuentes y carece de sentido, también en mi opinión, que España abogue por excepciones culturales, cuando nosotros por lo que tenemos que abogar y tener confianza es por la apertura de la cultura en español.

Con esta misma perspectiva y como buen Estado europeo, la acción exterior, en mi opinión, no puede perder nunca ese valiosísimo giro histórico que significa la llegada de lo hispánico a los Estados Unidos. Ojalá que no mucho más tarde, en términos históricos, un fenómeno similar ocurra también aquí, en Europa, en el viejo Continente.

Las posibilidades que se abren a nuestra cultura en un mundo global y el hecho de compartir patrimonio histórico hoy en clave democrática ahorran cualquier duda sobre la importancia de alentar la Comunidad Iberoamericana de Naciones. Labor nuestra es convencer a los europeos de que necesitan para el futuro a la otra América si desean proyectarse con más fuerza en un mundo global.

Hoy, como todos los viernes, hemos celebrado sesión del Consejo de Ministros y hoy la Ministra de Educación nos ha aportado unos buenos datos interesantes. Nuestro país ha pasado de tener, creo que en cuatro años, aproximadamente 80.000 estudiantes

extranjeros en nuestro sistema educativo a comenzar este curso con más de 400.000; el año pasado eran 300.000. Quiere decir que en un año han aumentado en 100.000 solamente los estudiantes extranjeros. El desafío que tenemos es extraordinario: el 50 por 100 de esos estudiantes son iberoamericanos. Es una manifestación verdaderamente importante de la realidad social nueva en España y de los cambios formidables que se están operando desde el punto de vista de nuestro crecimiento, de nuestra prosperidad y de nuestra necesidad de seguir con el proceso de reformas y de mejora en nuestro país.

Yo creo que todos los españoles de nuestro tiempo tenemos y encontramos una responsabilidad crucial para acertar en estos años en esta nueva circunstancia histórica. No estamos viviendo años que vayan a ser, por decirlo de esa manera, años baratos de la Historia, sino años muy señalados de la Historia. La promoción de la democracia, las economías abiertas, de instituciones sólidas, de derecho compartido, nos deben permitir no desaprovechar esa oportunidad.

Creo que desde el ingreso en las grandes organizaciones de nuestro mundo, en la Alianza Atlántica y en instituciones europeas, España ha sido uno de los no muy numerosos países con un nuevo papel internacional. Sin embargo, los tiempos que atravesamos demandan opciones diferentes y distintas. La globalización ha dado sus primeros pasos en estas dos últimas décadas, pero eso no ha hecho nada más que empezar y la complacencia en lo adquirido supondría un anuncio de que, lejos de mantener el estatus quo, comenzamos a perder posiciones en ese nuevo mundo de competencia y de cooperación entre las naciones y las regiones del planeta. Atención, por lo tanto, a este capítulo.

Creo que nuestra época difumina de un modo cada vez más acelerado las líneas divisorias entre lo exterior y el interior de cada país, y mucho de lo que ocurre como crisis financieras humanitarias se podían poner mil ejemplos, que ustedes conocen muy bien tiene una repercusión directa en el bienestar, en la opinión o en la misma renta de nuestros ciudadanos.

Además del terrorismo mencionado, surgen nuevos problemas, como las redes clandestinas de inmigración ilegal u otros, y a ello hay que añadir que la sociedad civil está exigiendo cada vez más dinamismo, más eficacia, en la acción exterior, en consonancia con la expansión de sus intereses y de los constantes desplazamientos de la misma.

Por eso hemos acometido una importantísima reforma de las Fuerzas Armadas en España y por eso hemos aprobado muy importantes acuerdos que situarán a nuestras Fuerzas Armadas como unas de las más desarrolladas y más preparadas de nuestro mundo. Por eso también tenemos que estar preparados para afrontar los cambios que sean convenientes y necesarios en el servicio exterior. Siempre he dicho que era impensable la prosperidad general de nuestro país sin hacer una asunción de responsabilidades claras en el ámbito de la seguridad, lo que implica, entre otras cosas, de manera directa a nuestras Fuerzas Armadas, y en el ámbito del servicio exterior, lo que les afecta sustancialmente a ustedes.

Creo que en los años futuros de España, como he dicho en alguna ocasión y quiero reiterar aquí, el fortalecimiento de lo que yo denomino las funciones clásicas del Estado

es uno de los elementos básicos de la tarea de un Gobierno y debe ser uno de los elementos básicos de la tarea de la sociedad española.

Pues bien, yo soy muy consciente de todas estas cosas y soy consciente de que estos cambios gravitan sobre los hombros de nuestro servicio exterior, y no hace falta que nadie me cuenta las carencias de nuestro servicio exterior porque las conozco muy bien. Lo que ocurre y lo que yo digo es que está en la propia esencia de la diplomacia adaptarse a las circunstancias. Pero es indudable también que las nuevas tareas se suman a las más tradicionales de representar, de informar, de analizar, de negociar, para un país que está cambiando su situación histórica gracias a su propio éxito como nación democrática. Y España está cambiando su situación histórica y la tarea de los próximos años es consolidar, y consolidar para bien y establemente, ese cambio histórico español.

En los retos se esconden también las mejores oportunidades y yo quiero animarles a que respondamos juntos a esos retos, porque en esa nueva situación nuestra posición será mucho más fuerte, será mucho más sólida y producirá para todos, para los españoles pero también para los demás, más posibilidades en términos de estabilidad, de seguridad y en términos también de nuevas oportunidades.

Quiero reiterar la atención que el Gobierno desea prestarles en este momento y quiero subrayar mi agradecimiento por el trabajo de tantos de ustedes realizado en condiciones difíciles.

En la próxima reunión de Embajadores no seré yo el que me dirija a ustedes, pero espero que España sea mejor porque siga progresando y porque sea más fuerte. Por todo el trabajo de todos estos años y por lo que queda, que es mucho y, en todo caso, nuestra obligación, que es siempre pensar en el servicio de España, les doy las gracias y les digo que la posición actual de España tiene mucho que ver con su colaboración, con su lealtad y con algo que algunos dicen que no está de moda, pero yo creo que está de moda, que es tener un cierto patriotismo ilusionado, como yo al menos tengo y estoy seguro de que la mayoría de ustedes también tiene.

Muchas gracias a todos y mucha suerte.